

MEMORIAS CIENTÍFICAS.

MEDICINA.—Rasgos biográficos del doctor don Nataniel Cox; rol del médico en las humanidades.—Discurso de don Onofre Sotomayor al incorporarse en la Facultad de medicina, leído el 2 de setiembre de 1869.

I.

Señores:

Al ocupar un asiento en el seno de esta respetable corporacion, apoyo i estímulo de las ciencias médicas en nuestra patria, voi a invocar un recuerdo querido sin duda de nosotros, no con el objeto de avivar vuestra memoria, que estoi seguro sabe conservar indeleble el recuerdo de los buenos, sino con el de captarme vuestra benevolencia i atencion, puesto que nada he hecho para merecer el honor que hoy recibo.

En efecto ¿qué podría excitar mas vuestra atencion i benevolencia que el recuerdo del hombre justo i sabio, intelijente i abnegado, sincero i filántropo que consagró su existencia, una larga existencia, al consuelo i alivio de la desgraciada i doliente humanidad?

Ya comprendereis, señores, que vengo a hablaros del doctor don Nataniel Cox, que ocupó este sillón desde la creacion de nuestra Universidad el 17 de setiembre de 1813, i cuya muerte acaecida en Valparaiso el 6 de febrero del presente año, a los ochenta i cuatro de edad, hace aun verter lágrimas a los que, como yo, tuvieron ocasion de conocer sus méritos i sus virtudes.

Nació don Agustin Nataniel Miers Cox en Grosmont del condado de Hereford, en Inglaterra, el 24 de mayo de 1785, siendo sus padres Juan Cox i Maria Lloyd, descendiente el primero de Felipe de Mansel, caballero que, a las órdenes de Guillermo el Conquistador, se encontró en la batalla de Hastings el 14 de octubre de 1066, por lo cual obtuvo el mayorazgo de Carmarthen, en Gales, con el título de baronet.

Pero ¿tengo acaso necesidad de citar los blazones de la familia a que pertenecia el doctor Cox cuando él tenia tantos títulos de nobleza adquirida, que en el sentir de un sabio de la antigüedad, vale cien veces mas que la heredada? El brillo no disminuye el valor del oro, antes por el contrario revela su pureza; i el lustre de la cuna que me-

ció a nuestro compofesor realza sus cualidades personales, único i valioso timbre del hombre de ciencia.

Desde su temprana edad, el jóven Nataniel fué confiado a una prima suya, Lady Mackworth, señora del castillo de Gnoil, quien se encargó de dirigir su educacion hasta que se ordenara de sacerdote en la iglesia anglicana, pues pensaba darle con el beneficio de mil libras el vicariato de Cadoxton, de que ella era patrona. Con tal designio, pasó siete años en el colejio de Hereford preparándose para continuar sus estudios en la universidad de Oxford, donde debía concluirlos; pero ántes que esto sucediera, su prima i protectora contrajo matrimonio con Capel Hambury Leigh, quien dió a un pariente propio el vicariato i beneficio que le estaban destinados.

Esto cambió las aspiraciones del jóven. Habia aprendido en Hereford el griego i el latin hasta serle mui familiares sus clásicos, a los cuales conservó siempre decidida aficion; habia estudiado la literatura de su lengua patria, con algunos otros ramos del saber humano; habia adquirido cierta confianza en sí mismo, inspirada sin duda por la superioridad que ejercia sobre sus compañeros por lo aventajado de sus estudios i por la destreza que una complexion robusta le daba en los ejercicios atléticos, que son tan del gusto de la juventud inglesa. Pensó entónces en elejir una profesion independiente; no vaciló: se hizo médico. Sacerdocio por sacerdocio.

En aquella época, como ahora, no habia en Inglaterra, salvo las universidades de Dublin i de Edimburgo, colejios de medicina ni de ciencias naturales: era necesario estudiar una i otras con profesores privadas a la manera usada entre los griegos, de la cual dan varios testimonios los libros hipocráticos. Se trasladó entónces a Neath, donde los señores William Gronow i Samuel Holder Jones se comprometieron, por escritura de 16 de setiembre de 1801, a enseñarle e instruirle en el arte, misterio i profesion del cirujano. Concluidos los tres años, pasó en 1804 a Lóndres en busca de maestros de mayores conocimiento i fama: estudió química con William Babington i William Allen, fisiología i obstetricia con Haighton, materia médica con James Curry, medicina práctica con el mismo Curry i Babington i, lo que es mas que todo, cirugía práctica con sir Astley Cooper, honra i prez de la moderna cirugía inglesa, quien le honró ademas con su amistad particular, invitándole muchas veces a las experimentaciones fisiológicas que hacia en su gabinete, i recordándolo despues con sentimiento quando aquél señalaba en Chile.

Estos estudios no le impedían asistir diariamente a los hospitales de Guy i de S. Thomas, en uno de los cuales aprendió vendajes i curaciones.

La carencia de textos de enseñanza, las lecciones prácticas a la cabecera del enfermo, el hábito de las lecciones orales de los profesores ingleses, imponían a Nataniel el trabajo de tomar nota de las explicaciones, de redactar despues estas explicaciones, de estudiarlas i, sobre todo, de cruzar a todas horas i en largas distancias las calles de Lóndres para escuchar aquí i allá, por todas partes, a sus maestros. Tan ímprobo trabajo le ocasionó una enfermedad de los órganos digestivos, que lo abatió considerablemente, pero de la cual sacó buen partido, porque durante su curacion aprendió de memoria la materia médica de Cullen, autor mui en boga a la sazón entre los ingleses de lo cual se felicitaba siempre, pues decia que a él le debía su sistema curativo, que tan felices resultados le daba.

Al cabo de un año de afanes en la capital del Reino-Unido, dió sus exámenes ante el real colejio de cirujanos i obtuvo su diploma de tal el 18 de octubre de 1805, cuatro años i un mes despues de haber empesado su aprendizaje en Neath.

Con este título, que es el que aun lleva la mayor parte de los cirujanos de la escuadra inglesa, solicitó i obtuvo una plaza de cirujano primero con mil seiscientos rublos anuales, en la marina rusa, uno de cuyos ajentes se ocupaba entónces en Lóndres de asuntos conciernes a ella, i se embarcó en el navío *Uriel* de setenta i cuatro cañones, perteneciente a la escuadra que, al mando del almirante Sinavin, se hallaba al ancla en Portsmouth. Poco despues la escuadra hizo vela al Mediterráneo, donde a consecuencia de una tempestad que maltrató al *Uriel*, tuvo Nataniel que pasar al *Czarewítch*, a cuyo bordo se encontró en la batalla naval de los Dardanelos, en que fué vencida la escuadra turca con pérdidas considerables. Cuarenta i uno fueron los heridos de su nave, a los cuales tuvo que asistir solo, porque su segundo se encontraba gravemente enfermo. Trabajó durante toda la noche que sucedió al combate, amputando cinco piernas, dos de ellas en el muslo, i ocho brazos, uno en la articulacion del hombro, que se curaron con solo dos escepciones.

Terminada la campaña, la escuadra rusa, dando la vuelta hácia el Báltico, echó ancla en Lisboa, donde se presentó en son de guerra la armada inglesa al mando de Sir Sydney Smith, confirmando así la noticia de haberse roto las hostilidades entre las naciones que ambas

representaban. Inmediatamente i apesar de la ventajosa i lucrativa posicion que pedía, elevó su renuncia Nataniel, que fué llamado por su jefe i solicitado para que la reconsiderara, ofreciéndole una plaza igual en Rusia en caso de que no quisiera continuar prestando sus servicios en la marina. Accedió efectivamente a lo primero; mas al ver que la fragata inglesa *Defiance* con bandera parlamentaria fondeaba en la misma bahía al costado del buque en que se hallaba, su amor patrio se sublevó de nuevo i tomó a hacer dimision de su cargo, que le fué aceptada.

Habia en el cirujano ingles el mismo sentimiento que animó a Hipócrates cuando rehusó las riquezas que le ofrecian porque fuera a curar al rei de Persia, el enemigo de su patria.

Al decir adios a sus compañeros para abandonar la escuadra, recibió de su jefe un certificado, fechado en el Tajo, el 17 de noviembre de 1807, en el cual decia que en el espacio de dos años que habia servido bajo su mando, se habia conducido honorablemente i habia cumplido con los deberes de su cargo con distinguido empeño, inteligencia i humanidad.

En la misma *Defiance* obtuvo pasaje i regresó a Inglaterra, donde entró al servicio de la marina real como cirujano de la fragata *Phoebe*, comandada por Jaunes Hillyar i en la cual hizo una expedicion al Mediterráneo, a cuya vuelta, el 3 de enero de 1810, se trasladó a la *Porcupine* para volver a una segunda expedicion a aquel mar, mientras el célebre Cochrane al mando de la *Imperieuse* se hallaba en las costas de España en la grandeza de sus glorias. La *Porcupine* hizo un viaje a Montevideo; a su vuelta fué licenciada su tripulacion pasando Nataniel al *Bermuda*, que hizo dos veces el crucero en la Mancha, i de ahí a Lóndres, aprovechando Nataniel esta circunstancia para asistir al curso de anatomía que por primera vez abrian sus antiguos profesores Cline i Cooper. Al concluir éste, recibió orden de embarcarse en el navío *Severnahn* de la escuadra rusa mandada por el almirante Tate, en calidad de cirujano superintendente de los heridos i enfermos de la escuadra, conservando su grado i servicio en la marina británica. Desempeñaba tan honorífico empleo, cuando un amigo de Montevideo, de paso en Lóndres, le instó para que viniera a establecerse en aquella ciudad ahagándole con el lucro de su profesion i, mas que todo, con ciertos recuerdos afectuosos de su primer viaje. No se dejó rogar demasiado: hizo renuncia de sus dos cargos, recibiendo del almirantazgo la rara distincion de que se le devolvie-

ra para que la reconsiderara, a lo que no accedió; i del almirante Taité, un honorífico testimonio de sus servicios prestados.

En 1813 se embarcó con su amigo, para Montevideo, que estaba bloqueada, por cuyo motivo pasó a Buenos-Aires a esperar la suspensión del bloqueo, ocupándose en tanto del ejercicio de su profesion con feliz éxito.

Un dia encontró a un irlandés que habia recorrido el interior de las provincias argentinas i que le pintó la de Mendoza como un Dorado; se le dió además por mal su amigo invándole a pasar con él a aquel nuevo eden. El bloqueo se prolongaba, la pintura de Mendoza era tan viva i, sobre todo, tan desconocida: no pudo resistir i partió para Mendoza, donde el aspecto de la comarca i de sus bien pocas riquezas en aquel tiempo, junto con la fuga de su pretendido amigo, vinieron a disipar sus ilusiones. La pérdida de éstas le ocasionó sin duda el mas terrible tedio. Una nostalgia que pintó su semblante con los colores de la ictericia vino en seguida a aumentar aquel estado, que talvez no se pasara tan pronto, si el ruido que produjo el combate de la *Phoebe* con la *Essex*, capturada por la primera el 28 de marzo de 1814, no le hubiera llevado la noticia de que su amigo i antiguo comandante Hillyar se encontraba en Chile. Escribirle para que lo recibiese como cirujano del buque i ponerse en camino de Valparaiso, fué obra de instantes. De paso en Santiago i estando acomodando su maleta para continuar el viaje hácia el puerto donde anclaba su antigua fragata, fué llamado a curar al marques de Villa Palma, quien además de un buen honorario, le proporcionó los medios de conocer la ciudad i de visitar otros enfermos, de lo cual quedó nuestro cirujano muy complacido, pues le agradaba cuanto en ella veia. Esto i la demora que se daba Hillyar para arreglar el armisticio entre patriotas i peninsulares, le hizo permanecer algun tiempo en Santiago, permanencia que fijó despues definitivamente por consejo del mismo comodoro Hillyar.

La llegada del doctor Cox a esta capital es una época en la medicina práctica. Era el primer médico europeo que venia a Chile sabiendo un poco de esa preciosa ciencia moderna, la química, que acababa de salir con Lavoisier de los pañales de la alquimia; era el primero que introducía la medicina i la terapéutica inglesas reformadas por el sistema de Bacon, i las ponía frente a frente de la medicina escolástica de los facultativos españoles, que con el *magister dixit* i el sitojismo, explicaban uno que otro libro de Hipócrates o de Gale-

no en la no muy célebre universidad de San Felipe; era tambien el primero que venia a representar en Santiago a la cirujía moderna personificada en Francia por Dupuitren i en Inglaterra por Cooper, su maestro. El doctor Cox fué el primero de esa falanje de europeos que han venido a sembrar la ciencia en esta tierra fecundada por la libertad que nuestros padres la dieran.

Se comprenderá, pues, fácilmente la aceptación que tuvo como médico i el renombre que pronto adquirió no solo en Santiago sino tambien en todas las provincias, dedonde la jente ocurría en solicitud de sus conocimientos i de sus consejos.

Poco despues de su arribo a esta capital, tuvo lugar la desgraciada pero heroica jornada de Rancagua, que le dió ocasion de presenciar muchos de los sucesos desagradables de la reconquista. A la vuelta del ejército patriota, abrazó su causa, por lo cual, despues de la sorpresa de Cancha Rayada, se vió obligado a huir hasta Uspallata en compañía de algunas personas que, como él, creyeron por el momento perdida la causa de la independencía; mas pronto volvió de allí, a la noticia de la victoria de Maipú, que afianzando aquella, ofrecía al cirujano ancho campo en que ejercitar sus patrióticos i humanitarios sentimientos.

Los servicios prestados al ejército aumentaron su reputacion hasta tal punto, que el supremo director O'Higgins, deseoso de conservar-le para su patria, le dió carta de ciudadanía el 14 de diciembre de 1819 "atendiendo, decia, a su notorio patriotismo, a las pruebas que ha dado de su adhesion a la independencía de América, que adoptó desde nuestro gobierno libre, i a la constancia con que la sostuvo durante la dominacion enemiga." Pocos años despues, ratificaba esta carta de naturaleza casándose con doña Javiera Bustillos i Moceyra, que le ligó a Chile con los vínculos de esposa i de madre.

Su suerte estaba echada i terminado su camino. Ya no pensó mas que en consagrarse al ejercicio de su profesion, en el cual le faltaba el tiempo apesar de su asombrosa actividad. Fué protomédico varias veces hasta la ereccion de la Universidad, en que como decano i protomédico, le sucedió el doctor Sazie; i el primer cirujano laico de San Juan de Dios, que hasta entónces habia sido dirigido por los refrijiosos del mismo nombre.

En 1845, revences de fortuna que le arrebataron cuanto habia ahorrado i de los cuales su honradez salió intacta, le obligaron a trasladarse a Valparaiso donde a principios de 1853, sin que él lo solicitara

i solo como reconocimiento de su filantropía, fué nombrado cirujano de la guarnicion. Seis años mas tarde, en atencion a lo mismo i a la vejez que debilitaba su antiguo vigor, el gobierno presentó al congreso un proyecto de lei especial de jubilacion con sueldo íntegro, que fué aprobado unánimemente por ambas cámaras, que dieron así un testimonio de justicia i de gratitud. Sancionada la lei, el mismo presidente de la República, don Manuel Montt, visitando el hospital de Valparaiso, puso en manos del viejo cirujano el oficio en que se le comunicaba el descanso que la patria concedia a sus fatigas. Ningun otro médico en Chile ha recibido tan alto honor.

En Valparaiso fué médico de ciudad i delegado del protomedicato, conservando este cargo despues de la jubilacion del primero hasta 1864, en que por sus achaques renunció a él. En 5 de enero de ese mismo año fué nombrado miembro de la sociedad de farmacia de Santiago. Sus últimos años los pasó entregado a los cuidados de la familia, a la lectura i a la asistencia de los pobres que, siguiendo su antigua costumbre, visitaba a caballo. Un día, saliendo a ver a uno de éstos, se resfrió i contrajo una neumonia que tres dias despues puso término a tan trabajada i afanosa existencia.

El doctor era un hombre muy bien conformado, de un metro setenta i ocho centímetros de estatura, de rostro oval i facciones regulares, tez blanca i sonrosada, ojos azules i pelo castaño claro. Alcanzaba a grandes fuerzas, i era tan ágil que se decia de él que cansaba dos caballos diariamente en el cumplimiento de su profesion. Para que se vea lo que era esto, bastará decir que un día, en enero, desde las seis de la mañana hasta las once de la noche, recorrió doscientas cincuenta cuabras de la poblacion visitando treinta i un enfermos, de los cuales uno tenia una fractura del fémur, que fué menester arreglar; i seis, enfermedades quirúrgicas diversas.

Como médico de San Juan de Dios, introdujo muchas reformas, entre las que no fué la menor la modificación de las fórmulas, muchas de las cuales aun se conservan allí. Fué el primero que practicó en él operaciones quirúrgicas regulares i sistemó algunos tratamientos, entre los cuales mencionaré el de los cólicos estercoráceos, tan comunes en nuestro pueblo, i tan resistentes que es necesario tratar de una manera mecánica, para lo cual hizo construir una cánula recta de plata i de proporciones descomunales que todavía se le conoce con su nombre o con el de baston, que él le daba.

Como protomédico, supo sostener como nadie los íteros del tribu-

nal i la dignidad de la profesion, que desde entónces empezó a levantarse de la humillacion en que la habia tenido la rancia cuanta necia preocupacion de la aristocracia española; desde este puesto, ilustró tambien al gobierno en várias cuestiones de hijiene pública i de reforma de los hospitales; como cirujano, fué admitido por Sazie, que mas jóven que él, llegaba a Chile premunido de todos los adelantos de la cirujía de Dupuitren i de Lisfranc; como médico, pensaba, a la manera de Sidenhan i de Hufelan, que con mui pocos medicamentos se podia ejercer el arte de curar con tal de saberlos manejar bien, así como un soldado diestro en su arma se defiende bien de sus enemigos, al paso que otro que no lo es, no lo puede jamas verificar aunque vaya cargado de ellas. Tenia ademas otras dos cualidades que harán querida su memoria. Era sincero i afable con sus colegas, los escuchaba con atencion i discutía con calma sus opiniones, sin que jamas se le hubiera podido hechar en cara una falta de moral médica; era desinteresado i caritativo.

El doctor Cox no escribió. Pertenecia a la categoría de médicos prácticos que no tienen mas escritos que sus curaciones ni mas pluma que el bisturí, los cuales, si no se immortalizan, se atraen las bendiciones de sus contemporáneos i el agradecimiento i veneracion de muchas i sucesivas jeneraciones.

II.

Despues de la vida tan perfectamente llevada que acabais de oir, no puedo ménos de pasar a haceros algunas ligeras consideraciones acerca del rol que desempeña el médico en la humanidad, ora como hombre de ciencia, ora como hombre social i filántropo.

Cuando uno se detiene un momento en el curso ordinario de sus afanosas tareas, cuando se para en medio de la corriente de las miserias humanas que atraviesa siempre nuestra ajitada existencia, i reconcentrándose en sí, se pregunta por sí propio, por la mision que tiene que desempeñar, por los deberes que tiene que cumplir, por lo que deben aguardar i exigir de uno sus semejantes, por lo que ha sido el médico en otras edades i por lo que es hoy i está llamado a ser en las futuras ¿no es verdad, señores, que el entendimiento se abisma i que va a demandar a la historia del arte i las ciencias especulativas i sociales datos que lo ilustren acerca de su propia individualidad? I esto no puede ser de otra manera, porque a cada paso, tanto en las relaciones familiares como en las mas elevadas, en literatura como en fi-

lososfía, en legislación como en teología, en la novela como en el drama, el médico es casi siempre el blanco de la inyectiva i de la chanza, del sarcasmo i del desprecio. Ahí están ademas los detractores de la medicina, enfermos incurables los unos que lo acusan de las desgracias de sus organismos; espíritus fuertes los otros que negando la medicina creen en los esfuerzos de una naturaleza armonizadora, de esa naturaleza que, por otra parte, no tiene para ellos prevision ni plan razodo i que enjendró la existencia humana, como otras muchas existencias, por una serie de casualidades. Ahí están entre otros muchos Montaigne, Molière, Rousseau.

Pero no es esto todo: un juicioso historiador de la medicina prueba con citas testuales que las criticas mas amargas que hayan sido lanzadas contra la ciencia médica i los que la cultivan, han salido de la pluma de médicos. Sin recordar el sombrío cuadro de Galeno sobre el charlatanismo i la avidez de sus cofrades de Roma, ni los pesados chistes de Cornelio Agripa, ni los sarcasmos de Gui Patin, enumera entre los detractores de sus propios conocimientos a Bichat, Broussais, Pinel, Laus, Trousseau, Barthez, Giacomini i otros muchos. ¿Por qué admirarse entónces de los detractores laicos, cuando en el santuario hai sacerdotes que se mofan de la divinidad? De qué no se rie el hombre en cuya organizacion física e intelectual se tocan lo grotesco a lo delicado, lo absurdo a lo verdadero, lo ridiculo a lo sublime?

Sin embargo, examinada con calma esta cuestion, se nota que las detracciones de los médicos, en su mayor parte, son meras apreciaciones de la ciencia que cultivan, en las cuales vierten a veces el desconsuelo de no ver calmados sus afanes, la amargura de su impotencia que ata sus manos, i el disgusto que la sed de saber no satisfecha ocasiona al hombre; mientras que la manera de considerarla que tienen regularmente los profanos a ella, proviene, como dice Hipócrates, de la ignorancia con que se la juzga; se podría añadir, de la incapacidad, el interes, la vileza de los que la ejercen, médicos de nombre pero no de hecho, que no van penetrados del carácter que como tales invisten.

Esta es sin duda la causa de la desconsideracion con que se juzga al médico i de lo poco en que se le suele mirar como hombre de ciencia, cuando en los tiempos presentes, como en los pasados, ha figurado i figura en primera linea entre las inteligencias ilustradas. Los grandes médicos han ejercido en las ciencias, la civilizacion, los destinos fun-

fundamentales de la humanidad, una influencia superior, evidente, íntima, basada en el conocimiento de la antropología, que tiene por norte el *nosce te ipsum* de los filósofos.

No se tome esto a orgullo. Estudios históricos hechos con calma e imparcialidad lo prueban.

Hipócrates es uno de esos genios extraordinarios que tienen pocos semejantes. Convencido desde el principio de su vida de que para conocer la esencia de cada cuerpo en particular es necesario remontarse a los principios constitutivos del universo, se dedicó a la física general, de tal modo que ocupó un rango notable entre los que la han cultivado. La medicina se encontraba entónces en manos de los filósofos, que abrazaban todos los conocimientos de una manera teórica, i de los Asclepiades, que la ejercían prácticamente; Hipócrates, enriquecido con los conocimientos de ambos, concibió una de esas grandes e importantes ideas que sirven de época a la historia del genio: tal fué la de ilustrar la experiencia por el raciocinio i de rectificar la teoría por la práctica. Con este método, elevó el de curar a la dignidad de ciencia, que desde entónces marchó con paso firme por un sendero enteramente nuevo.

Este método constituye una de las glorias mas grandes del viejo de Cos, porque fundando la medicina, echó los fundamentos de la verdadera filosofía; fué el precursor i el maestro de Platon i Aristóteles, como de Bacon, Descartes i Leibnitz.

No se vaya á creer que avanzo esto sin fundamento. No es nuevo. El ilustre Galeno, que en una serie de escritos espuso la filosofía hipocrática acompañándola con las doctrinas correspondientes de Platon i de la Academia, de Aristóteles i de los peripatéticos, de Zenon i del Pórtico, ha demostrado que las ideas fundamentales i verdaderas de todos ellos eran de Hipócrates i que la metodología entera le pertenece, pues no solamente fué el hombre mas hábil en el método experimental, sino que elevó al mismo grado de esplendor el método racional.

Tres empresas capitales realizó el jefe de la escuela de Cos, dice, Bayer: 1.ª separó la medicina de la filosofía; 2.ª introdujo la filosofía en la medicina; i 3.ª llevó la medicina a la filosofía.

Dábase en el siglo de Pericles el nombre de filosofía a una ciencia mitad especulativa, mitad práctica, que tenía la pretencion de ser universal i de abrazarlo todo en su unidad. El filósofo lo sabia todo i lo enseñaba todo. A su lado, vivían los hombres prácticos que

cultivaban tales o cuales ramos sin cuidarse de la teoría de los filósofos. Hipócrates se colocó entre éstos i aquellos: separó desde luego las hipótesis de la filosofía jeneral i recojió las observaciones de los empíricos; tomó de aquellos las grandes leyes que habia descubierto i las aplicó a éstas reuniéndolas jeneralizadas, formando un cuerpo de doctrinas; luego comprobó las unas por las otras. De este modo, dió a la medicina una existencia propia, su autonomía que despues ha conservado.

Segun Hipócrates, hai dos clases de filosofías formadas de dos maneras. Una de ellas adopta el sistema esperi mental inductivo progresivo, que se eleva de los fenómenos observados a las leyes jenerales que las encadenan, de éstas a las fuerzas esperi mentales que representan, i de éstas a los agentes productores. La otra emplea el método deductivo que, partiendo de los agentes productores de las fuerzas i de las leyes, explica los fenómenos. ¿No parece extraño, señores, que la medicina, esa ciencia que tantos detractores cuenta, haya dado ya en su infancia el método a las otras ciencias, i esto no solamente de un modo especulativo, sino tambien en el campo de los hechos?

“Aplicaos a la experimentacion racional, dice el oráculo de Cos; los enfermos no se tratan con puros razonamientos i con hipótesis ingeniosas; se les cura i se les alivia haciendo reposar la terapéutica sobre los principios sacados de la práctica i de la esperi encia.” Palabras admirables que parecen escritas de ayer!

Esto no es todo. “Descended a vosotros, decia a sus discípulos, empezad por conoceros, i de ahí remontaos al conocimiento de todas las cosas; i añadia: es imposible fundar una filosofía verdadera sin haber recorrido en todas sus partes la antropolojía, sin haberse colocado en el punto de vista médico.” Con tales razones obligó a la filosofía a aceptar las nuevas luces que le llevó la medicina rejenerada i científica, luces que han buscado despues todos los filósofos.

En los escritos de Hipócrates se encuentran los jémmenes de muchas obras antiguas i modernas: ahí están entre otras el *Espíritu de las leyes* de Montesquieu i lo *Físico i moral del hombre* de Cabanis, que, como observa Renouard, no son mas que amplificaciones de las ideas contenidas en el tratado *De los aires, aguas i lugares*; i las *Confesiones* de San Agustín i de Rousseau, inspira-las por las tan candorosas como tiernas narraciones en que nos cuenta sus desaciertos i sus faltas.

“El médico de Cos, dice Bayer, como jenio creador, no tiene mas

que un rival en el mundo antiguo, i es el cantor de la *Iliada*. Homero nos ofrece en sus obras modelos de todo jénero de poesías; es a la vez orador, estratégico, lejislador, filósofo, historiador; la poesía no es mas que la forma, el ropaje con que lo cubre todo. Hai en él tesoros de todas clases que diversos escritores han ido a esplotar sin que tan fecunda mina se haya podido agotar en veinte i cuatro siglos. Hipócrates ha hecho para la medicina lo que Homero para la poesía; todo lo toca en sus obras; penetra en todas las ciencias con asombrosa profundidad, i sin embargo, jamas deja de ser médico, como Homero no deja de ser poeta.”

No terminaré este bosquejo del poder de la medicina sin traer a la memoria el elogio que Montaigne hace de él. “La vida mas rica, dice, que ha existido entre los vivos i que ha sido adornada de las mas valiosas i envidiables prendas, es la de Hipócrates, i ademas no conozco ningunos escritos de hombre que mire con tanta reverencia i amor.”

Despues de lo que acabais de oír de Hipócrates ¿tendré necesidad de enumerar uno a uno los médicos que han ejercido una influencia mas o ménos directa en las ciencias, en las artes, en el bienestar de la humanidad? Echad una mirada en torno vuestro i me contestaréis. Ahí están las lejislaciones de las naciones modernas, la hixiene pública, la economía política, la ciencia social.

El médico ha enseñado a vivir a los individuos i a los pueblos; aumentado sus fuerzas, prolongado su existencia, desarrollado su comodidad; los preserva de los males; i cuando éstos los asaltan, abre asilos i hospitales donde lleva sus conocimientos junto con su filantropía, i donde trata de estender el imperio que sobre ellos, a fuerza de abrumadores afanes, va conquistando. El médico ha introducido en los códigos modernos principios equitativos i justos, donde ántes reinaba el caos o el capricho de los lejisladores; ha arrancado al insano de las manos del crimen para devolverlo como enfermo i desgraciado al seno de la caridad cristiana; i ha puesto la vida a cubierto de la negra i traidora alevosía. El médico ha echado los fundamentos de la economía política i de la ciencia social: ha estudiado las fuerzas sustentadoras del trabajo individual; el incremento de las poblaciones, las leyes de mortalidad i de nacimiento; i, sobre todo, ha patentizado la favorable influencia que ejerce sobre las costumbres i disposiciones morales de los pueblos la mejora del estado físico i de las condiciones materiales del mayor número de sus miembros.

No puede ser de otro modo. Ligado; unido al pueblo por sus antecedentes, por sus estudios, su misión, el médico está mas que otro alguno llamado a ejercer sobre él un sacerdocio; i nunca podrá ser indiferente a cuanto le apoca o le incrementa, a cuanto le abate o le eleva, a cuanto lo mejora o lo deprava. ¿I quién podría ejercer tal sacerdocio mejor que él que conoce las fuentes i necesidades de la vida?

Es verdad tambien que este sacerdocio solo lo pueden desempeñar los verdaderos médicos; los médicos que, uniendo al conocimiento del hombre físico el de la filosofía racional i el de la moral, saben disipar los errores de la imaginación; las inclinaciones de los afectos i deseos, oríjen de casi todas las desgracias humanas; los que conocen la acción que los hábitos viciosos i los juicios estraviados imprimen al organismo arrastrándole al crimen o a la locura; los que pueden leer en el corazón del hombre tan bien como reconocer la fiebre; los que no ignoran las penas que es preciso mitigar, los errores i quimeras que se deben disipar para reanimar la llama de la vida en un cuerpo moribundo; los que, curando el cuerpo enfermo, saben distinguir en las facciones, en las miradas, en los ademanes, en las palabras, los signos de un espíritu en desorden i de un corazón herido.

Tal es el médico filósofo; que, según la entusiasta expresión del oráculo de Cos, es sobre la tierra la imájen mas perfecta de la Divinidad. Tal es tambien el ideal que del médico se habia formado el padre de la medicina.

Escuchémosle. “No percibo, decia, mas que una sola diferencia entre el verdadero filósofo i el verdadero médico, i es que el primero dice lo que es necesario hacer i que el segundo lo hace, es que el uno sienta bajo forma especulativa lo que el otro ejecuta bajo forma positiva i práctica. El filósofo predica la sabiduría i la templanza, la moderación, el desinterés i el sacrificio, la calma en las opiniones i la reflexión, la humanidad i la piedad sin superstición. El verdadero médico es sabio, temperante i moderado, desinteresado, tranquilo i reflexivo en sus actos i en sus pensamientos, humano, defensor de la verdad, piadoso, pero prevenido contra las vanas supersticiones. Amar la medicina es apasionarse de la verdadera ciencia, es tener el culto de la humanidad.” “El médico, continuaba, sin las virtudes de su estado, no llenará jamás sus deberes; ¿cuáles son esas virtudes? No sepió casi ninguna, puesto que su ministerio tiene esto de hermoso: que exige casi todas la cualidades del espíritu i del corazón. Honra

la profesion el médico que ha merecido la estimacion pública por su saber profundo, larga esperiencia, acrisolada probidad, vida sin mancha; ¡aquel ante cuyos ojos todos los desgraciados son iguales, como los hombres lo son a los ojos de la Divinidad; que corre presuroso a su voz, sin escepcion de persona, les habla con dulzura, les escucha con atencion, soporta sus impaciençias i les inspira aquella confianza que muchas veces es bastante para volverlos a la vida; que penetrado de sus males, estudia con tenaz empeño sus causas i sus progresos, no le turban jamas los incidentes imprevistos, i se hace un deber de llamar en los casos necesarios a algunos de sus cofrades para que le alumbrén con sus consejos; que despues de haber luchado con todas sus fuerzas contra la enfermedad, es modesto en el éxito, i en los reveces puede al ménos felicitarse de haber ahorrado dolores i dado consuelo.

Quizas he abusado i os he fastidiado con estas citas; pero no he podido resistir al placer de traer a la memoria tan bellos i tan sublimes pensamienos.

El médico filósofo, el que ha recibido una consagracion, el que representa la imájen de Dios sobre la tierra, es el verdadero médico, de quien tienen mucho que esperar los pueblos siempre que los pongan en circunstancias de desplegar su actividad, sus conocimientos i su filantropía.

Desgraciadamente para nosotros, el médico apénas empieza a formarse en Chile al traves de las preocupaciones que nos legaron nuestros mayores i en pugna con otras profesiones a que se ha dado i se da desmedida importancia i valimiento. Es verdad que su espíritu se percibe en la reforma de nuestras leyes; pero su influencia no ha sido patria sino que ha venido con los códigos estranjeros, como envuelta en ellos, quedando completamente destituido de él todo lo que no se ha tratado de copiar mas o ménos servilmente de ellos. ¿Quereis un ejemplo? Echad una ojeada a toda esa seccion de nuestro derecho público que se llama *policía sanitaria* i vereis cuánto no falta allí de la intervencion del médico! ¿Qué es de los consejos de hijiene, de las casas de sanidad, del ejercicio de las profesiones médicas, de los baños termales, de los asilos de enfermos, de la medicina legal?

Chile no ha tenido ni aun médicos como los Unanues i Valdeses del Perú, como los Acostas i Muñiz del Plata, que hayan hecho oír su voz desde las alturas prestigiosas de un gobierno; pero las tendrá. ¿Quién puede dudarlo? Una juventud estudiosa, ilustrada e inteli-

jente se levanta; i con el tiempo, abrirá brecha en las ya gastadas preocupaciones, las destrozará en seguida i, pasando por sobre sus escombros, se elevará i hará sentir en la República, no la perturbadora influencia del político, sino la tranquila i benéfica del filántropo, del que se eleva sobre la humanidad por la humanidad misma.

El hombre vive casi siempre como un organismo; algunas veces, ignorando completamente lo que es aquel, vive como inteligencia: solo la medicina le enseña a vivir como un organismo dotado de inteligencia, a dirigir i conservar el primero por la segunda; en una palabra, a comprender que es una inteligencia servida por órganos, i un organismo protegido por una inteligencia.

Tal es, señores, en resúmen el servicio que la medicina i los médicos hacen al hombre, a los pueblos i a la humanidad.

Después de reiterar mis agradecimientos por la distinción que me habeis hecho, i de prometeros asociarme a vuestras tareas con todo el empeño de que soi capaz, permitidme terminar con algunas palabras de Parizet, el inspirado secretario de la academia de medicina de Paris. “Sí, señores, vuestra existencia entera es una existencia de saber i de beneficios; os eleva, si sois dignos de ella; os eleva sobre todos los otros hombres, por lo cual los nombres de los creadores de vuestro arte han sido consagrados por la apoteosis. ¡Verdad! virtud! vosotras sin las cuales el hombre no es nada sobre la tierra; vosotras que imprimís en este ser de la nada los caractéres de la Divinidad misma, que la Facultad de medicina sea vuestro santuario; solo vosotras les dareis la inmortalidad!”

CIRUJIA.—De la hernia umbilical estrangulada.—Trabajo leído por el doctor don Cárlos Leiva ante la Facultad de medicina en su sesion de 2 de setiembre de 1869.

Señores:

En la sesion que celebró la sociedad de cirujía en Paris el 13 de noviembre de 1861, M. Guerin formuló la siguiente proposicion: “En las hernias umbilicales estranguladas, que sean intestinales solamente o entero-epiplocele, seria talvez mejor abandonar la enfermedad a los esfuerzos de la naturaleza, vijilando i combatiendo los accidentes, que practicar la operacion de la kelo-tomia completa.” Para formular tan desconsoladora proposicion, M. Guerin dijo que